

mil libras por verle sano y salvo fuera de la casa.

SRA. PAGE.—¡Qué disparate! Este no es tiempo de «daría esto» ni «daría aquello». Vuestro marido llegará dentro de pocos instantes. Pensad en algún medio de transportar á vuestro amigo. Ocultarlo en la casa es imposible. ¡Oh! ¡Cómo me habéis engañado! Mirad. Aquí hay un canasto. Si él no es de una estatura desmedida, podrá agazaparse aquí. Lo cubriréis con ropas sucias como para enviar al lavado; ó si aún hay tiempo, enviadlo con vuestros criados á los lavaderos de la ciénaga de Datchet.

SRA. FORD.—Es demasiado corpulento para caber ahí.

(Vuelven á entrar Falstaff.)

FALSTAFF.—¡Dejadme ver! ¡Dejadme ver! Probaré entrar. Sí. ¡Entraré, entraré!

SRA. PAGE.—¡Qué! ¡Señor Juan Falstaff! ¿En esto han venido á parar las cartas que me habéis escrito, caballero?

FALSTAFF.—Es á ti á quien amo; á nadie sino á ti. Ayúdame á escapar. Déjame meterme aquí dentro. Jamás en mi vida...

(Se mete en el canasto y lo cubren con ropa sucia.)

SRA. PAGE.—Ayuda á tapar á tu amo, muchacho. Señora Ford, llamad á vuestros criados. ¡Desleal caballero!

SRA. FORD.—¡Hola! ¡Juan! ¡Roberto! ¡Juan!

(Sale Robin. Vuelven á entrar los criados.)

¡Ea! Levantad ese canasto de ropas. ¡Pronto! ¿Dónde está la vara en que se cuelga para llevarlo? ¡Vamos! No hay que andar bamboleándose. Llevadlo á la lavandera en la ciénaga de Datchet. ¡Listos, listos!

(Entran Ford, Page, Caius y sir Hugh Evans.)

FORD.—Acercaos, os lo suplico. Si mis sospechas carecen de fundamento, pues bien, burlaos de mí, hacedme vuestro hazme-reir. Lo tendré bien merecido. ¡Hola! ¿A dónde lleváis eso?

CRiado.—A donde la lavandera, por cierto.

SRA. FORD.—¡Pues está bien! ¿Qué tenéis que hacer con que lleven eso acá ó allá? Sería mejor que os encargaseis del lavado y de apuntar la ropa.

FORD.—¿Apuntar, eh? Ya quisiera yo que lavándome se me quitara lo que me puede apuntar. ¡Punta! ¡Punta! ¡Punta! Sí; punta, punta, os lo garantizo. Y de la estación, como se verá luego.

(Salen los criados con la canasta.)

Señores; he tenido anoche un sueño y os le he de contar. Hé aquí mis llaves; aquí, aquí las tenéis. Subid á mis habitaciones, buscad, registrad, descubrid. Os aseguro que atraparemos el zorro. Dejadme primero que obstruya esta salida. Ahora, principiad la caza.

PAGE.—Buen señor Ford. tranquilizaos. Vos mismo os hacéis grave injusticia.

FORD.—¿De veras? Adelante, caballeros, que vais á tener diversión. Seguidme, señores. (Sale.)

EVANS.—Fantasías de celoso.

CAIUS.—¡Por vida de...! que no es así la moda en Francia. Nadie tiene celos en Francia.

PAGE.—No. Seguidle, señores, y ved el resultado de su investigación.

(Salen Evans, Page y Caius.)

SRA. PAGE.—¿No hay en esto un doble mérito?

SRA. FORD.—No sé qué me deleita más; si ver que mi marido se engaña, ó ver la burla hecha á sir Juan.

SRA. PAGE.—¿Qué bien atrapado debió verse cuando vuestro esposo preguntó lo que iba en el canasto!

SRA. FORD.—Temblando estoy de que necesite un baño para lavarse: de manera que echarlo al agua, será hacerle un beneficio.

SRA. PAGE.—Que el diablo cargue con ese bribón sin vergüenza. ¡De buena gana vería yo en igual trance á todos los de su jaez!

SRA. FORD.—Me parece que mi marido tenía una sospecha particular de que Falstaff estaba aquí; porque nunca le he visto tan rudo en su celo, como ahora.

SRA. PAGE.—Voy á urdir una trama, para que tengamos algunas tretas más contra Falstaff. Su mal crónico de corrupción, difícilmente cederá á este medicamento.

SRA. FORD.—¿Os parece bien enviar á esa mala peste de la señora Aprisa, para ofrecerle excusas por haberle echado al agua, y darle una nueva esperanza que le haga caer en un nuevo castigo?

SRA. PAGE.—Sí; hagámoslo. Que venga mañana á las ocho para recibir satisfacciones.

(Vuelven á entrar Ford, Page, Caius y sir Hugh Evans.)
FORD.—No he podido encontrarle. Quizás el bribón se jactaba de lo que no podía alcanzar.

SRA. PAGE.—¿Habéis oído eso?

SRA. FORD.—Sí, sí, basta. Me tratáis bien, señor Ford, ¿no os parece así?

FORD.—Sí, así lo hago.

SRA. FORD.—Que Dios os haga mejor que vuestros pensamientos.

FORD.—Amén.

SRA. PAGE.—Os causáis un gran mal vos mismo, señor Ford.

FORD.—Sí, sí. Debo sobrellevar todo esto.

EVANS.—Así Dios me perdone el día del juicio final, como es verdad que no hay nadie en los dormitorios, ni en los cofres, ni en los armarios.

CAIUS.—¡Por vida de...! yo digo lo mismo. No hay nadie, nadie.

PAGE.—¡Por Dios! ¿No os avergonzáis, señor Ford? ¿Qué espíritu, qué demonio os sugiere tal imaginación? No quisiera tener en estos asuntos vuestra vehemencia, ni por todas las riquezas de Windsor.

FORD.—Confieso que es culpa mía, señor Page, y sufro por ello.

EVANS.—Sufrís por una mala conciencia. Vuestra esposa es una mujer tan honesta como podría desealarla y entre cinco mil y quinientas más.

CAIUS.—¡Voto á...! que veo claro su honradez.

FORD.—Bien. Os prometí una comida. Venid á dar un paseo por el parque. Os ruego que me perdonéis. Más tarde os diré por qué hice esto. Ven, esposa mía. Venid, señora Page. Os suplico que me perdonéis: lo suplico sinceramente.

PAGE.—Vamos con él, señores; pero, creedme, que le haremos blanco de nuestra jovialidad. Os invito á almorzar mañana temprano en mi casa. Después iremos á cazar pájaros; tengo un buen halcón. ¿Os acomoda?

FORD.—Lo que queráis.

EVANS.—Si hay uno, yo seré el segundo de la partida.

CAIUS.—Y si hay uno ó dos, yo seré el tercero.

EVANS.—Os ruego ahora que os acordéis mañana de aquel sucio bribón de posadero.

CAIUS.—Perfectamente. ¡Por vida de...! que lo haré con todo mi corazón.

EVANS.—¡Sarnoso bribón! Que se permite bromas y burlas.

(Salen).

ESCENA IV

Cuarto en casa de Page

Entran FENTON y ANA PAGE

FENTON.—Veo que no puedo alcanzar el beneplácito de tu padre. No me obligues de nuevo, dulce Ana mía, á acudir donde él.

ANA.—¡Ay! ¿Qué hacer, pues?

FENTON.—¿Qué? El ser tú misma. Se opone porque considera demasiado alta mi alcurnia, y presume

que, mermaños mis bienes por mis gastos, sólo procuro restablecerlos á favor de su riqueza. Fuera de estos obstáculos me presenta otros: mis turbulencias pasadas, mis asociaciones de disipación; y me dice que es imposible que yo te ame de otro modo que como una propiedad.

ANA.—Quizás os dice verdad.

FENTÓN.—No; y así me ampare el cielo en el tiempo futuro. Confieso, sin embargo, que la fortuna



de tu padre fué el primer móvil que me impulsó á pretenderte; pero, Ana mía, al hacerlo, encontré valías más que toda fortuna en oro ó en cualquier otro valor. Ahora no ambiciono otra riqueza que tú misma.

ANA.—Amable señor Fentón, insistid aún en solicitar la buena voluntad de mi padre; buscad de nuevo su consentimiento. Si la oportunidad y la

humilde solicitud nada consiguiesen, ¡pues bien! entonces... Escuchad un momento.

(Hablan aparte.—Entran Pocofondo, Slender y la señora Aprisa.)

POCOFONDO.—Interrumpid su conversación, señora Aprisa. Mi pariente debe hablar por sí mismo.

SLENDER.—Lo echaré á perder de un modo ú otro. Esto no es más que aventurar.

POCOFONDO.—No os acobardéis.

SLENDER.—No, ella no me acobarda. Eso no me importa. Solamente que tengo miedo.

APRISA.—Oíd, Ana. El señor Slender desea hablaros una palabra.

ANA.—Soy con él al instante. Este es el escogido por mi padre. ¡Oh! ¡Qué cúmulo de viles y feos defectos parece hermoso por trescientas libras de renta!

(Aparte).

APRISA.—¿Y qué tal os va, mi buen señor Fentón?

POCOFONDO.—Ya viene.—¡A ella, primo!—¡Oh muchacho, has tenido padre!

SLENDER.—Yo tuve padre, señorita Ana; mi tío puede deciros buenas bromas de él. Contad á la señorita Ana el chiste de cómo mi padre se robó dos gansos de la jaula.

POCOFONDO.—Señorita Ana, mi primo os ama.

SLENDER.—Por cierto que sí; tanto como á cualquiera mujer en Gloucestershire.

POCOFONDO.—Y os mantendrá en el rango de una dama.

SLENDER.—Por cierto que sí, y con traje de cola larga, como corresponde al rango de escudero.

POCOFONDO.—Y os dará una dote de ciento y cincuenta libras.

ANA.—Buen señor Pocofondo, dejad que él hable por sí mismo.

POCOFONDO.—De buen grado y os doy las gracias. Os agradezco este descanso. Os llama, primo. Me retiro.

ANA.—¿Y bien, señor Slender?

SLENDER.—¿Y bien, señorita Ana?

ANA.—¿Cuál es vuestra voluntad, vuestra disposición?

SLENDER.—¿Mi voluntad? ¿Mi disposición? Este sí que es chiste. Gracias á Dios, no soy tan enfermizo que haya tenido que hacer mi disposición, ni mi voluntad. No he hecho testamento.

ANA.—Quiero decir, señor Slender, ¿qué es lo que deseáis de mí?

SLENDER.—Por lo que á mí toca, en verdad, poco ó nada tendría que hacer con vos. Vuestro padre y mi tío lo han hablado entre ellos. Si sale bien, bueno; si no, también. Ellos podrán deciros mejor que yo como van estas cosas. Aquí viene vuestro padre; podéis preguntarle.

(Entran Page y la Sra. Page.)

PAGE.—Bien, señor Slender. Amale, Ana, hija mía. ¿Qué hacéis aquí, señor Fentón? Sabéis que me inferís agravio empeñándoos en visitar esta casa. Ya os he dicho que he dispuesto de mi hija.

FENTÓN.—Os suplico no os impacientéis, señor Page.

SRA. PAGE.—Mi buen señor Fentón, no volváis á acercaros á mi hija.

PAGE.—No es un partido para vos.

FENTÓN.—¿Queréis escucharme, señor?

PAGE.—No, mi buen señor Fentón. Venid, señor Slender: venid adentro, así. Sabiendo mi decisión, señor Fentón, me agraviáis.

FENTÓN.—Señora Page: amando á vuestra hija con toda la verdad y honradez de mi afecto, fuerza es que sostenga mi pretensión á pesar de todos los obstáculos, repulsas y desaires, y que no desista. Concededme, os suplico, vuestra buena voluntad.

ANA.—Buena madre mía, no me caséis con ese idiota que está allí.

SRA. PAGE.—No es mi intención. Busco mejor esposo para ti.

APRISA.—Y ese es mi amo, el señor doctor.

ANA.—¡Ay de mí! Antes querría que me pusieran pronto bajo de tierra, y sembraran berzas encima.

SRA. PAGE.—Vamos, no te atormentes. Señor Fentón, no seré para vos en esto ni amiga, ni enemiga. Examinaré á mi hija para saber qué grado de afecto os tiene; y según lo que en ella descubra arreglaré mi proceder. Hasta entonces, adiós, señor. Es necesario que Ana entre, ó se enfadaría su padre.

(Salen la Sra. Page y Ana.)

FENTÓN.—Adiós, bondadosa señora; adiós, Ana.

APRISA.—Todo esto es obra mía. ¡Pues qué!—le dije—¿vais á malograr vuestra hija en manos de un imbécil y por añadidura médico? Ya lo veis, señor Fentón, todo esto es obra mía.

FENTÓN.—Te doy las gracias, y te ruego que esta noche dés á mi dulce Ana esta sortija. Toma por tu molestia.

(Sale.)

APRISA.—¡Dios te llene de bendiciones! Como que tiene un corazón bondadoso. ¡Una mujer sería capaz de echarse de cabeza al fuego por tan buen corazón! Sin embargo, yo quisiera más bien que Ana fuese de mi amo, ó del señor Slender; ó en fin, que fuese del señor Fentón. Haré todo lo que pueda por los tres, ya que así lo he prometido y que soy incapaz de faltar á mi palabra; pero especialmente por el señor Fentón. Bueno; ahora tengo que ir con otro mensaje al señor Falstaff de parte de mis dos señoras. ¡Soy un animal en tardarme así!

(Sale.)

ESCENA V

Cuarto en la posada de la Liga

Entran FALSTAFF y BARDOLFO

FALSTAFF.—Bardolfo, escucha.

BARDOLFO.—¿Señor?

FALSTAFF.—Ve á traerme una pinta de Jerez, y una tostada.

(Sale Bardolfo).

¿Y es posible que haya vivido yo para ver el día en que habían de llevarme en un canasto como un montón de desecho de carnicero, y arrojarme al río? Por mi alma, que si vuelvo á sufrir chasco semejante, he de hacer que mis sesos sirvan para comida de perros el día de año nuevo. Los pillastres, para echarme al Támesis no tuvieron más remordimiento que si se tratara de los cachorros recién nacidos de una perra, con los ojos cerrados. Y por mi tamaño es fácil ver que tengo gran propensión á sumergirme. Si el fondo del río fuera tan hondo como el infierno, creo que iría hasta el fondo. A no haber sido tan poco profunda la margen, de seguro que me habría ahogado: género de muerte que detesto, porque el agua hace que el cuerpo se hinche ¡y qué cuerpo sería el mío si se hinchara! ¡Vaya! ¡una momia como una montaña!

(Vuelve á entrar Bardolfo, con el vino.)

BARDOLFO.—Señor, aquí está la señora Aprisa, que viene á hablaros.

FALSTAFF.—Déjame vaciar un poco de Jerez sobre esta agua del Támesis; porque tengo en el vientre un frío tal, que no parece sino que hubiese tomado píldoras de nieve. Hazla entrar.

BARDOLFO.—Entrad, mujer.

(Entra la señora Aprisa.)

APRISA.—Con vuestro permiso: merced, os digo. Doy buenos días á vuestra señoría.

FALSTAFF.—Llévate estos vasos. Prepárame cuidadosamente un azumbre de Jerez.

BARDOLFO.—¿Con huevos, señor?

FALSTAFF.—No: solo. No quiero grasa de gallina en mi bebida. (Sale Bardolfo). ¿Y bien?

APRISA.—Vengo á encontraros de parte de la señora Ford.

FALSTAFF.—¡La señora Ford! Harto de su nombre estoy. Con ese nombre me ha hecho bautizar en el río.

APRISA.—¡Qué desgracia! ¡Pero no fué culpa suya, ¡pobre palomita! Así está furiosa contra sus criados porque equivocaron su dirección.

FALSTAFF.—Así como me equivoqué yo fundando esperanzas sobre la promesa de una mujer atolondrada.

APRISA.—Pues si vierais cómo se lamenta de aquello, se os partiría el corazón. Su marido sale á cazar pájaros esta mañana, y ella os ruega una vez más que vayáis á verla entre las ocho y las nueve. Me ha exigido que le responda al instante. Ella os dará satisfacciones, os lo garantizo.

FALSTAFF.—Bien. Iré á visitarla. Dile así, y que considere lo que es un hombre, y su fragilidad, y juzgue por ello de mi merecimiento.

APRISA.—Así se lo diré.

FALSTAFF.—Enbuenhora. ¿Decís que entre nueve y diez?

APRISA.—Entre ocho y nueve, señor.

FALSTAFF.—Está bien: id. No dejaré de verla.

APRISA.—Quedad con Dios. (Sale).

FALSTAFF.—Es extraño que no tenga noticia del señor Brook. Me envió á decir que le aguardara. Me agrada bastante su dinero. ¡Oh! Héle aquí que llega.

(Entra Ford).

FORD.—Dios os bendiga, señor.

FALSTAFF.—Y bien, señor Brook: ¿habéis venido á saber lo que ha pasado entre la señora Ford y yo?

FORD.—Efectivamente, sir Juan; es el objeto de mi visita.

FALSTAFF.—Señor Brook, no os diré una mentira: estuve en su casa á la hora convenida.

FORD.—¿Y qué tal os fué por allí?

FALSTAFF.—Muy desgraciadamente, señor Brook.

FORD.—¿Cómo así? ¿Acaso mudó de parecer?

FALSTAFF.—No, señor Brook; pero aquel descomunal cornudo de su marido, que vive en la eterna alarma del celoso, se aparece en el instante de más interés, cuando ya nos habíamos abrazado, besado y jurado, y hecho, en fin, el prólogo de nuestra comedia; y tras de él una caterva de sus compañeros, llamados y provocados por su mala índole, á fin de que registraran la casa en busca del amante de su esposa.

FORD.—¡Qué! ¿Mientras estabais allí?

FALSTAFF.—Mientras estaba allí.

FORD.—¿Y os buscó y no pudo encontraros?

FALSTAFF.—Vais á oírlo. Como si la buena suerte lo hubiera dispuesto, llega una señora Page; da aviso de la llegada de Ford; y gracias á su inventiva y á la desesperación de la señora Ford, me hicieron entrar en un canasto de ropa.

FORD.—¡En un canasto de ropa!

FALSTAFF.—Por Dios, en un canasto de ropa de lavado. Allí me sepultaron entre un montón de ropas sucias, camisas y enaguas, hediondas calcetas y medias, servilletas grasientas; de manera, señor Brook, que jamás nariz humana sintió semejante compuesto de pestilentes olores.

FORD.—¿Y cuánto tiempo permanecisteis allí?

FALSTAFF.—Vais á ver, señor Brook, cuánto he padecido por inducir á esta mujer al mal para bien vuestro. Así acondicionado en el canasto, la señora Ford llamó á un par de los bribones criados de su

marido para hacerme llevar á los lavaderos de la Ciénaga de Datchet. Tomáronme en hombros, y al salir se dieron en la puerta con el celoso bribón de su amo, quien les preguntó una ó dos veces lo que llevaban en el cesto. Me tembló el cuerpo sólo de pensar que el bellaco lunático hubiese querido registrar; pero el destino, para que no pueda dejar de ser cornudo, le detuvo la mano. Bien: él se fué á registrar la casa, y yo me fuí en calidad de ropa sucia. Pero atended á lo que siguió, señor Brook. He sufrido las torturas de tres muertes diversas. Primero: un terror indecible de ser descubierto por el apollillado carnero manso. Segundo: estar como hoja de Toledo enrollada con la punta junto á la guarnición, encerrado en la circunferencia de un celemín, con la cabeza entre los pies. Y luego ser embutido allí con pestíferas telas que fermentaban en su propia grasa. Pensad en esto: un hombre de mi temperamento, sensible al calor como la manteca: un hombre que está continuamente sudando y derritiéndose. Fué un milagro no morir asfixiado. Y en lo más fuerte de este baño, cuando estaba ya medio cocido en aceite, como guisado holandés, ser arrojado al Támesis, y enfriarse en esa marejada, pasando de repente del rojo cereza al ceniza obscuro, como herradura de caballo. Considerad esto, considerad: un calor de ascua, un calor de infierno.

FORD.—Con toda mi alma deploro que por culpa mía hayáis sufrido todo esto. Considero, pues, perdida mi pretensión. ¿Pensáis no volver á hacer la prueba?

FALSTAFF.—Señor Brook, consentiría en ser arrojado al Etna, como lo he sido al Támesis, antes que dejar esto así. Su marido ha salido á cazar pájaros esta mañana; he recibido de ella otro mensaje dándome nueva cita; y la hora es entre las ocho y las nueve.

FORD.—Pues ya han dado las ocho, señor.

FALSTAFF.—¿Ya? Entonces acudo inmediatamente á la cita. Venid cuando lo tengáis á bien, y os informaré del progreso que haga. La conclusión ha de ser que gozaréis de ella. La tendréis, señor Brook, la tendréis y pondréis los cuernos á Ford. *(Sale)*.

FORD.—¡Hum! ¡Ah! ¿Es esto una visión? ¿Es esto un sueño? ¿Estoy dormido? Despierta, Ford. ¡Ford, despierta! Tu mejor precaución se encuentra burlada. ¡Y para esto se casa uno! ¡Para esto tiene uno en su casa ropas y canastas! Bien. Proclamaré en alta voz lo que soy. Ahora no se me escapará el miserable, no. Es imposible que se escape. Está en mi casa, y no se ha de ocultar en una alcancía ni en la caja de la pimienta. Registraré hasta los lugares imposibles, y le he de atrapar á menos que le ayude su consejero el diablo. Si no puedo evitar lo que soy, al menos no me resignaré mansamente á ser lo que no quisiera. Y si he de tener cuernos, yo haré que tenga razón el refrán, y que ese bribón salga por la punta de un cuerno.

(Sale).



ACTO IV

ESCENA PRIMERA

La calle

SRA. PAGE

Entran la Sra. PAGE, la Sra. APRISA y GUILLERMO

¿Te parece que está ya en casa de Ford?

APRISA.—Sin duda, que ha de estar á esta hora, ó en pocos momentos más. Pero podéis creer que está verdaderamente furioso por aquello de haberlo echado al río. La señora Ford desea que vayáis inmediatamente.

SRA. PAGE.—Ya estaré con ella dentro de un rato. No voy á hacer más que dejar en la escuela á mi chico que veis conmigo. Ahí viene su maestro. Es día de asueto, á lo que veo.

(Entra sir Hugh Evans.)

¿Cómo estáis, señor Hugh? ¿No es hoy día de escuela?

EVANS.—No. El señor Slender ha dado á los chicos permiso para jugar.

SRA. PAGE.—Señor Hugh, mi esposo dice que mi hijo aprovecha maldita de Dios la cosa en su libro. Y os ruego que le hagáis algunas preguntas sobre sus rudimentos.